

DON ERASMO Y SUS AMIGUITOS

El bus se detuvo en la esquina de Bernardo O'Higgins con Bélgica en la localidad de Placillas de Peñuelas, al oriente de Valparaíso. Abrió su puerta delantera y desde el interior bajo un hombre de avanzada edad con sombrero, de contextura mediana, al igual que su estatura, en la cara tenía un bigote grueso entre cano y oscuro, lo mismo que una insipiente barba que denotaba la falta de afeitado. Ahí quedo esperando que el bus se retirara, se acomodó la vestimenta que consistía en zapatos negros ya ajados por el uso, pantalón jean y una chaqueta gris, donde, desde su cuello se veía que envolvía la garganta una gruesa bufanda de lana oscura.

El hombre, de una edad superior a los setenta años, con un gran bolso negro que sostenía en uno de sus hombros, se arregló ajustando su chaqueta y miró al cielo. Era mes de junio, el cielo estaba gris, con nubarrones y un característico viento invernal, bajó su mirada y extendió la vista a lo largo de la solitaria avenida murmurando.

-“ No creo que llueva, ojalá así sea. Va a ser una helada noche. No se ve ningún alma, sólo yo..... en fin veremos cómo estará la jornada “. – diciendo esto miró su reloj de muñeca, eran las 17.45 horas, estaba yéndose el día para dar paso a la noche.

Cruzó la calle y se internó por Bélgica, caminó por la vereda hasta detenerse en el frontis de un negocio de menestras del barrio. Ingresó, en su interior estaba el dependiente, un hombre delgado de unos cuarenta años quién al verlo y con

demostraciones de afecto lo saludó.

- Hola Don Erasmo ¡.. Cómo está?... por acá le tengo sus lechuguitas ¡

Acto seguido se agachó y detrás del mostrador del negocio tomó un saco blanco en cuyo interior había varias lechugas, extendiéndoselo al anciano. Quién lo agarró diciendo.

- Gracias amigo..... aquí está el valor – le respondió – mientras le extendía quinientos pesos en monedas. Acto seguido se volvió a la salida mientras se despedía - Será hasta mañana, acuéstese temprano mire que está empezando hacer frío.
- Así es -respondió el comerciante- Igual a usted, sobre todo que va a estar en vela cuidando lo ajeno.
- Qué le vamos hacer, es lo que me tocó, pero me entretengo con mis amiguitos – respondió Don Erasmo mientras salía.

Una vez salido el viejo, el comerciante comenzó a pensar divagando.

-“ Extraño el viejito éste, sé que trabaja de cuidador en unos contenedores, no sé en cual lugar, seguro que debe haber caballos o algún otro animal y por eso pasa todos los días a buscar lechugas.....en fin.....allá con él, como dice.....es lo que le tocó “.- Tras eso comenzó a cerrar la puerta de su negocio.

Mientras, Don Erasmo, con paso cansino subió por Bélgica hasta llegar al lugar de su trabajo, que comenzaba a las seis de la tarde hasta el otro día, a las ocho de la mañana. Abrió el portón usando una llave que introdujo en un candado que abrazaba una gruesa cadena y que mantenía cerrado el portón. Entró al recinto volviendo a poner cadena y candado al ingreso.

Subió un desnivel del terreno hasta llegar a una caseta de guardia, que era en

definitiva su puesto de trabajo.

El recinto de dos hectáreas era el lugar para guardar contenedores traídos y llevados al puerto de Valparaíso. Su misión, evitar que se produjera algún robo. Al costado de la caseta había un contenedor que había sido habilitado como oficina donde trabajan dos administrativos y que quedaba cerrado ya que poseía ventanas y una puerta con cerradura.

Procedió con su rutina de revisión por los patios provisto de una linterna. Ronda que culminó en la caseta donde comenzó a escribir en un libro su labor. Después tomando el bolso con las lechugas y una silla salió y se fue hasta una “calle” (ya que así la llamaban) entre altas paredes de rumas de contenedores o “tarros”, según la jerga de los trabajadores del rubro.

Ubicó la silla en el centro, se sentó y con el saco entre sus rodillas, sacó desde su interior una por una las lechugas y deshojando cada una de ellas, lanzó a su alrededor sus hojas, después se quedó quieto y en silencio en una apacible actitud de espera.

Pasaron entre quince a treinta minutos y desde la parte baja de las rumas de contenedores, en el suelo de tierra, comenzaron a emerger, primero unos pocos, tímidos e inquietos conejos. A medida de los segundos ,cada vez eran más. Unos pequeños, otros adultos, de pelajes cafés y grises. Con típicos pequeños saltos, se fueron acercando hasta donde estaba el anciano rodeado de hojas de lechugas esparcidas. Prudentes, sin prisa comenzaron a comer las hojas. El anciano con movimientos suaves continuó cortando hojas y tirándolas al piso, casi susurrando les hablaba.

- Ya....ya....mis amiguitos..... aquí está vuestra comida.....jajaja – sonreía casi en murmullo – coman!....coman!.... Por Dios qué felicidad

Transformado el rostro de Don Erasmo. Sus ojos brillaban, los labios extendidos en

una especial sonrisa. En él no había movimiento brusco. Daba la impresión que todo a su alrededor se iluminaba y talvez, esa paz, esa alegría y esa quietud que el anciano demostraba, hacia que los roedores, que por docenas lo circulaban comiendo hojas verdes, se entregarán a ese especial banquete.

Todo comenzó cuando llevaba algunas semanas en su puesto de trabajo y una noche, observo que en el fondo de una “calle”, desde bajo los contenedores salían algunos conejos, los cuales al verlo aparecer raudos arrancaban a esconderse bajo las moles de acero. El anciano al principio extrañado y sorprendido, decidió observarlos cautelosamente, sin meter ruido o encender la linterna. Eran muchos. Algo había escuchado, pero jamás se imaginó la proporción y mucho menos que fuera protagonista de una escena tan natural a pocos metros del sector urbano. Fue así como planeó acercarse a ello y eligió hacerlo a través de la alimentación, averiguó y se informó sobre el tipo de alimento natural económico y aceptable por los conejos. Traerlo desde su casa era más complicado y fue así como llegó al negocio de menestras y a entendimiento con el almacenero, donde la mejor opción era la lechuga milanesa, por su textura y valor. El inicio fue el dejar hojas verdes esparcidas en un lugar determinado durante la noche, al amanecer y revisar el lugar, nada quedaba, se habían comido todo, los acostumbró. Después agregó dejar la silla, hasta finalmente quedarse el sentado quieto durante las horas del banquete de sus “amiguitos”. Posteriormente el llegar con la silla y sentarse a esperarlos con las hojas esparcidas, era su rutina diaria que noche tras noche practicaba y que sólo era suspendida cuando estaba de descanso y no trabajaba. Ya llevaba en eso, desde su inicio, como cuatro meses.

Ahí estaba Don Erasmo, el anciano amigo de los conejos, con su cara feliz y entre

sus pensamientos, recordaba a su esposa, que en casa esperaba su regreso. Al día siguiente debía acompañarla al Consultorio de salud municipal., Tenía hora con el médico, sufría de hipertensión y aún no se sabía el origen de su enfermedad, mientras a él, se le detectó diabetes.

- “Todo es un desastre llegar a viejo – se decía el mismo – Todo es plata....en fin.....es lo que nos tocó vivir. Menos mal tengo esta peguita, o sino no nos alcanzaría ni pa’ remedios “

Volvió al momento que esos instantes vivía. Los conejos, de salto en salto, se acercaban y se alejaban. En un momento tal cual jardín infantil, los roedores comenzaron a saltar golpeándose entre ellos. Estaban jugando y el anciano no se pudo contener y comenzó a mover su cabeza de lado a lado mientras hablaba, ya no eran susurros, era una expresión de alegría y decía.

- Amiguitos.....amiguitos ¡..... qué feliz me hacen.... No tienen idea.....si lo viera Rafaela ¡(su esposa).....o mis nietos.....jajaja ¡.....y cortando las hojas de la última lechuga lanzó las hojas al suelo.

En eso estaba el anciano, cuando de improviso un fuerte dolor le vino al centro de su pecho, que lo obligó a inclinarse en la silla y soltar el saco que tenía entre sus manos, las cuales llevó al lugar del dolor. Todo fue un acto rápido, mecánico e inesperado, lo que provocó agitados movimientos y que los roedores asustados emprendieron la huida volviendo a sus escondites. El rostro de Don Erasmo se alteró tiñéndose de rojo. Estuvo unos momentos en esa posición con el acelerante dolor, hasta perder el conocimiento. Ahí quedó, medio sentado y con el cuerpo encogido sin caer de la silla.

A las horas después, cuando el día y la jornada laboral comenzaba. Llegaron los administrativos, quienes, extrañados al no ver a Don Erasmo, uno de ellos decidió

buscarlo en el recinto y fue así como llegó a la “calle” . Al asomar pudo ver a mitad de la misma, un bulto que parecía ser una persona sentada en una silla y a su alrededor muchos conejos, quienes, al percatarse de su presencia, huyeron a esconderse bajo los contenedores. Mientras se acercaba pudo ver el dantesco cuadro del anciano semi sentado en la silla y ya sin vida, con un saco entre sus pies. Se acercó le tomó los signos vitales. Al darse cuenta de su muerte le informó al otro administrativo. Después llamaron a la policía.

Concurrió Carabineros, quienes aislaron el lugar. Se paralizaron las faenas del recinto. Llegó una ambulancia a constatar su muerte. Pasaron unas horas y llegó personal de la Brigada de Homicidios de Investigaciones. El Comisario a cargo comenzó a analizar el sitio del suceso y después de un largo tiempo llama a un lado a su acompañante y le dice.

- ¿Qué opinas?
- Mmmm.....no se.... , pero el personal de salud, su doctor, dijo, infarto cardiaco. – respondió el detective.
- Si... así es – dijo el comisario -.....pero.....responde.... Qué hacía en esa silla?.....en el medio de éste lugar....., Y ese saco entre sus pies?

Ciertamente un puzle. Así se apreció. Sólo Don Erasmo podía aclarar lo del saco entre sus pies y el porqué falleció sentado en una silla en el lugar menos pensado.